

“¿CÓMO PODRÉ IR?”

Elena Harmon tenía tan sólo diecisiete años de edad, cuando Dios la llamó para hacer una obra especial. Dios quería que ella fuese una profetisa.

El Señor le dio a Elena algunas visiones de la misma manera como se las había dado a Daniel en los tiempos bíblicos. Le dijo que contara a otros lo que había visto y oído. Le advirtió, además, que esa obra no sería fácil.

Elena pensaba que esta clase de obra debía hacerla un predicador. Era muy difícil para ella hablar a la gente. Además su salud era muy delicada. Se preguntaba a sí misma: “¿Cómo podré ir?”

Dirigiéndose a su pieza, se arrodilló y pidió al Señor que eligiera a alguna otra persona para hacer ese trabajo.

Pero Dios sabía que las visiones ayudarían a su pueblo. Con voz amorosa le ordenó otra vez que relatara las visiones a la gente.

Ella amaba a Dios, pero le parecía que no podía contestar a este llamado. Pensaba: “Oh, si pudiera morir, no tendría que ir”. Pero el llamado seguía resonando en sus oídos.

Elena le pidió a su padre que fuera con ella. “Así no tendré miedo”, dijo.

“No te preocupes, hijita, Dios irá contigo”, contestó amablemente su padre. “Ora para que Dios te dé fuerza”.

Elena lo hizo. Otras personas también estaban orando por ella. Una noche mientras oraba, sus temores la abandonaron. De repente una luz brillante, como una bola de fuego, la golpeó sobre el corazón. Era una señal de que el Espíritu Santo estaba allí.

Entonces Dios le dio a Elena otra visión. En esa visión había ángeles alrededor de ella. Uno de ellos le dijo que debía dar los mensajes y ser fiel hasta el fin. Si hacía esto, Dios le permitiría comer del fruto del árbol de la vida y beber del agua de la vida.

Elena prometió a Dios que haría su obra. Iría a cualquier parte si Él le mostraba el camino.

No tuvo que esperar mucho tiempo. Después de pocos días su cuñado llegó en un trineo para llevarla a su hogar. Aunque hacia mucho frío ella decidió ir.

Cuando llegaron, su hermana le dijo: “Los adventistas están celebrando una reunión esta noche. Creo que deberías ir y contarles lo que Dios te ha mostrado”.

Elena se acordó de la promesa que le había hecho al Señor. Se fue a la pieza y oró: “Querido Señor, ayúdame a hacer la obra en la forma debida y que te agrade a ti”.

Por mucho tiempo la garganta de Elena había estado tan inflamada que apenas podía hablar. Los vecinos y amigos iban a escucharla, pero apenas podía cuchichear. Tenían que acercarse mucho a ella para oírla.

Pero ahora ocurrió una cosa maravillosa. De repente su voz se puso clara y fuerte. Habló durante casi dos horas. Cuando terminó de hablar, la voz se apagó de nuevo hasta la siguiente vez que le tocó hablar en público. Después de tres meses, no tuvo más dificultad con su voz.

Satanás procuró de diversas maneras que Elena se desanimara, pero Dios estaba con ella. La historia de su vida y los libros que escribió, han ayudado a muchísimas personas.